

“SUDAR MATERIAL”

CUERPOS, AFECTOS, JUVENTUD Y DROGAS.
UNA ETNOGRAFÍA DE LOS CONSUMOS
DE ATRACÓN ENTRE JÓVENES MADRILEÑOS



CentroReinaSofía
sobre Adolescencia y Juventud



En colaboración con:



RESUMEN EJECUTIVO

“SUDAR MATERIAL”

Cuerpos, afectos, juventud y drogas

Una etnografía de los consumos de atracción entre jóvenes
madrileños

Autoría:

Montserrat Cañedo (Coord.)

Lara Alonso

Ariet Castillo

Olga Fernández

Enrique Moral

PRESENTACIÓN

El estudio que se presenta es el resultado de una investigación de carácter etnográfico sobre algunas dimensiones del consumo de alcohol y otras drogas —en concreto, sobre los sentidos prácticos del *exceso*— entre jóvenes madrileños contemporáneos.

El interés por elaborar este trabajo, residió en poder entender —ante los resultados de diversos estudios que concluían que *el consumo excesivo, de atracción, no solo crece,*

*sino que además se inicia a edades cada vez más tempranas*¹- cuál es la funcionalidad del consumo excesivo en los modos de vida de los y las jóvenes de Madrid, a partir de una investigación de carácter etnográfico que hallase alguna respuesta. Este ambicioso objetivo, tanto en el plano teórico como en el metodológico, llevó inevitablemente a preguntarse, en primer lugar, qué se entiende por *exceso*.

El concepto, aplicado al consumo de drogas es, ciertamente, un concepto difuso, ambiguo e impreciso. La aparente obviedad de su sentido en el discurso social cotidiano es, sin embargo, inversamente proporcional a su claridad analítica y a su precisión conceptual. ¿De qué se habla, entonces, cuando se alude a un consumo *excesivo*? Además, tanto las definiciones, más o menos explícitas, de consumo de atracón, como las de consumo de riesgo o consumo excesivo que suelen aparecer en encuestas, estudios y notas de prensa beben claramente de lo que podría llamarse discursos expertos (pediatras, psiquiatras, profesionales de la prevención del consumo de alcohol...).

Pero fue precisamente la intención de poder ofrecer una perspectiva alejada de los discursos dominantes y, en su lugar, próxima a la de los y las jóvenes – a sabiendas de que la juventud consumidora no constituye un todo homogéneo que sea sujeto de un discurso unívoco- lo que motivó, en primera instancia, la realización de este trabajo: comprender el por qué, cómo, cuándo y dónde de todas las objetivaciones que adquiere el *exceso* en el consumo para los propios actores sociales. Así, lo que lo que empezó por ser un problema —la ambigüedad del concepto de *exceso* aplicado al consumo juvenil de drogas— terminó por constituir el objeto mismo de la indagación.

Consecuentemente, el **objetivo de investigación**, podría sintetizarse a través de la pregunta que ha orientado el trabajo de campo y su posterior análisis: ¿cuáles son los sentidos prácticos del *exceso* en el consumo de alcohol y otras drogas para jóvenes consumidores madrileños?

¹ Ver, por ejemplo, la Encuesta sobre Uso de Drogas en Enseñanzas Secundarias en España ESTUDES 2014-2015, publicada en 2016 y realizada por la Delegación del Gobierno para el Plan Nacional sobre Drogas, dependiente del Ministerio de Sanidad.

A partir del planteamiento de este interrogante, el estudio proporciona una pormenorizada descripción de la cuestión, con la que se pretende hacer accesible a los lectores el modo en que los sujetos del estudio hablan, sienten, piensan y actúan, además de mostrar los espacios y los tiempos, los ambientes, en los que las prácticas que nos interesan, tienen sentido para ellos. Y una polifonía de voces que permite a quien lea el estudio, alumbrar otras consideraciones que quizá no estén dichas con las voces de los investigadores que lo han escrito.

METODOLOGÍA

El diseño metodológico de la investigación, se corresponde con la definición del objeto de estudio planteado, teniendo en cuenta las precisiones que requiere su análisis. Así, la metodología se compone de **observaciones participantes** y **entrevistas**. Entre estas últimas, algunas son conversaciones individuales o grupales en los contextos más informales de las observaciones, y otras —todas ellas individuales— se corresponden con un formato de entrevista más formal, realizándose fuera de los espacios y los tiempos de las observaciones participantes.

Las observaciones se diseñaron inicialmente sobre la unidad temporal de una “salida” de ocio juvenil (vespertino o, más generalmente, nocturno); esto es, cada una de ellas se extendió desde el encuentro del grupo de jóvenes al que se acompañó hasta su separación después de la salida, entre dos y doce horas después (según los casos). En muchas ocasiones, si bien no en todas, la observación incluyó la preparación de las salidas y los comentarios en el día y los días posteriores, llevadas a cabo por los participantes a través de las redes sociales.

Cada observación participante fue realizada por un miembro del equipo investigador, salvo una de ellas en la que estuvieron presentes dos investigadores del equipo. En total, se llevaron a cabo **24 observaciones participantes** entre diciembre del 2015 y abril del

2016, generalmente estructuradas con periodicidad semanal o quincenal y concentradas en los fines de semana.

El diseño del plan de observaciones siguió el método bola de nieve —unos jóvenes fueron llevando a otros—, en función tanto de la facilidad del acceso al campo como de los requerimientos de la investigación. Estos últimos tuvieron que ver con varios factores: uno de ellos, garantizar que las variables edad y género pudiesen tener alguna relevancia analítica, lo cual exigía observaciones con grupos tanto mixtos como diferenciados por género y salidas con grupos de edad más o menos jóvenes.

Los intervalos seleccionados fueron dos: 16-19 y 20-24/27 años, si bien finalmente el último grupo está más representado, entre otras cosas porque tanto la frecuencia como la variación del tipo de salida y del consumo de sustancias estupefacientes es, en términos generales, mayor entre veinteañeros que entre adolescentes.

A lo largo de la investigación fueron catalogados diferentes tipos de salidas en función de los lugares y la secuencia temporal de asistencia a los mismos. A medida que se fue componiendo un mapa de espacio-tiempos, se reajustaron las observaciones para tratar de cubrir los principales nodos del mapa: casas particulares, parques, calles y plazas públicas, bares y zonas *de marcha*, discotecas, macrodiscotecas y *raves*. Se trató, como es característico en una etnografía, de un diseño metodológico en proceso, no cerrado desde el principio sino atento a los propios progresos del quipo investigador tanto con el conocimiento del campo como con el perfilado de las categorías de análisis, a partir de los mismos materiales empíricos, y también con las redes sociales que se fueron tejiendo.

PRINCIPALES CONCLUSIONES

- *La problematización del consumo excesivo de drogas entre la juventud*

Voluntaria o involuntariamente, la problematización de esta práctica social se ha simplificado con el calado en el imaginario social de dos figuras contrapuestas de los y las jóvenes: por un lado, la del consumidor racional, moderado y deseable, y por otro, la del consumidor excesivo, problemático y al borde del peligro. Sin embargo, esta oposición, compleja y multifacética, es interiorizada, reformulada e incluso rechazada por los propios jóvenes, en función del contexto en el que se encuentren y de sus propios saberes situados. Dichos saberes se (re)producen entre los y las jóvenes mediante un aprendizaje tanto teórico (evaluando la información recibida de las propias instituciones y de su entorno inmediato) como práctico (experimentando y tanteando en sus propios cuerpos los porosos límites del exceso en el consumo de alcohol y otras drogas). Es a través de este aprendizaje teórico-práctico como se (re)formula la noción de *exceso* y también de riesgo para los y las jóvenes, solapándose en ocasiones, en mayor o menor medida, con las nociones “expertas” formuladas desde otros ámbitos.

- *Hacia una aproximación conceptual del consumo excesivo*

Una de las principales dificultades manifestadas a lo largo de la investigación fue la imposibilidad de definir de una manera unívoca, objetiva y estable el consumo *excesivo*. Ni siquiera desde la percepción de los y las jóvenes se puede hablar de un sola definición del término: diferentes percepciones (que dependen de múltiples factores, entre ellos la edad y el género de los y las jóvenes, sus trayectorias personales, sus motivaciones y expectativas así como la influencia del grupo y los espacios y lugares de salida) coexisten y construyen significados socialmente relevantes en los que los y las jóvenes inscriben y definen sus prácticas y valoraciones sobre este consumo a partir de continuos diálogos y renegociaciones en contexto. En sus definiciones del consumo *excesivo*, el acento no recae tanto en la cantidad de alcohol u otras sustancias consumidas —algo que sí sucede en los discursos expertos— sino en la capacidad de controlar los efectos de la ingesta, entendida siempre en función de un gradiente y no en términos de todo o nada.

Así, el consumo comienza a ser *excesivo* no cuando se ha bebido o tomado un número alto de drogas en un corto periodo de tiempo, sino cuando la persona no es capaz de

mantener el control mental y corporal por los efectos de las sustancias y acaba envuelta en situaciones indeseadas de desinhibición y sobreexposición social y afectiva, de pérdida de la noción de tiempo y lugar, en estados de enajenación mental o “malos viajes” rechazados por su irrealidad, en conductas agresivas o poco cívicas, o en situaciones de inconsciencia, vómito, desmayos y malestar físico, situaciones todas ellas que son valoradas negativamente. En este sentido, existe una tipología de figuras que representan precisamente el consumo *excesivo* no valorado y que convierten al joven, a los ojos de sus iguales, en un “pasado” o “desfasado”, “paposos” o “violentos”.

- *Beneficios y riesgos del consumo*

Cuando los y las jóvenes, son capaces de controlar los efectos, el consumo *excesivo* es valorado positivamente por ellos y ellas. Esta capacidad de controlar consiste en el logro potencial de una “pérdida de control controlada”, en la que los y las jóvenes tratan de maximizar los beneficios del consumo de drogas minimizando sus riesgos, a través de diferentes prácticas de gestión y del propio aprendizaje derivado de la trayectoria de consumo personal y grupal.

No obstante, los límites son siempre difusos y se tantean en la práctica, siendo a veces traspasados consciente o inconscientemente. El control en los consumos no es una entidad discreta, sino una noción plural, un gradiente que no se limita a “tener el control” o “estar fuera de control”, sino que ofrece diversas posturas intermedias. El “puntillo”, o punto de descontrol controlado, es uno de los estados más valorados por los y las jóvenes durante los consumos de sustancias psicoactivas, ya que permite estar borracho o colocado sin que ello disminuya las posibilidades de seguir alargando la fiesta, esto es, de posibilitar mayores dosis de diversión. Para obtenerlo y mantenerlo a lo largo de las salidas, los y las jóvenes ponen en práctica distintas estrategias, como el “desfase faseado” (que consiste en dosificar la ingesta de psicoactivos a lo largo del tiempo de la salida) o los “consumos instrumentales” (en los que los y las jóvenes conjugan la toma de distintas sustancias para nivelar sus efectos cruzados, regulando a

menudo el “subidón” y la “bajona”). Dichas estrategias se ponen en juego en dos planos distintos: el del cuerpo “interior”, que hace referencia a los riesgos fisiológicos presentes y futuros de los consumos —algunos de los cuales hemos citado anteriormente— y el del cuerpo “exterior”, relacionado con los riesgos sociales. Debido a la fuerte carga moral y afectiva que rodea al consumo de psicoactivos, en ocasiones estos riesgos sociales (que implican dejar de estar y sentirse “normalizado” dentro del grupo de pares) pueden llegar a ser más temidos por los y las jóvenes que los percances fisiológicos derivados de los propios consumos.

En los casos en los que las estrategias de gestión del consumo no se llevan a cabo con éxito, existe un último colchón frente a las consecuencias negativas de éste: los cuidados, normalmente ofrecidos dentro del grupo de pares pero que, en ocasiones más excepcionales, se administran también desde el personal de los propios locales de fiesta y/o los servicios de emergencia.

- *La frecuencia y los espacios de consumo*

La normalización del alcohol y de otras sustancias en las noches y salidas de ocio juvenil ha favorecido la extensión de un consumo de carácter ocasional y recreativo, localizado en los fines de semana, sobre el que se piensa que se ejerce un control —por ese su carácter ocasional— del que carecen precisamente los consumidores diarios, adictos y totalmente dependientes de las sustancias, consumidores que son vinculados directamente con los aspectos más negativos del consumo *excesivo*. Hay dos figuras o imágenes que representan este tipo de consumidores y que son muy rechazadas por los y las jóvenes: la del heroinómano y la del cocainómano.

El consumo *excesivo*, como las estrategias de gestión, se construyen y definen en las prácticas de consumo, en las que los espacios y tiempos de salidas de los y las jóvenes y las expectativas que asocian con cada uno de ellos influyen en la expresión que adquiere este consumo, sin olvidar la influencia del grupo, la edad y el género. En el imaginario colectivo de los y las jóvenes hay una asociación directa entre las *raves* y macrodiscotecas y el consumo *excesivo*, ambos coincidentes en el hecho de que facilitan

una estrecha relación entre la música electrónica y el consumo intensivo de alcohol y otras sustancias, especialmente MDMA. Esta combinación entre drogas, música electrónica y marea de cuerpos bailando al unísono, convierte a estos lugares en espacios de diversión y placer casi garantizada para los y las jóvenes —con independencia de los malestares que también pueden ir asociados a su frecuentación—, en lugares donde hallar la felicidad de un buen ambiente y diversión en comunidad.

Este placer de fundirse con los demás es precisamente una de las motivaciones principales que refieren los y las jóvenes de la investigación para explicar el consumo intensivo. La búsqueda de experiencias placenteras, consideradas “libres” e “independientes”, “nuevas” y “transgresoras” con respecto al orden diario son motivos recurrentes en los y las jóvenes para explicar el consumo intensivo, en las que el grupo aparece casi siempre como trasfondo. Se buscan experiencias compartidas, consumos colectivos que refuercen la pertenencia al grupo y lo consoliden. Lo contrario, el consumo individual, deja de entenderse como un consumo normalizado y su valoración se acerca más al consumo adictivo y dependiente asociado al *exceso*.

No obstante, la relación del joven con el grupo no es siempre armoniosa. En ocasiones éste actúa como una fuerza de presión que impele a sus miembros, casi inconscientemente, a actuar dentro de las pautas compartidas de consumo, siendo descalificados si su conducta se sitúa por arriba o por debajo del consumo aceptado grupalmente. La forma que adquiere el consumo de drogas en las *raves* y macrodiscotecas varía con respecto a otro tipo de salidas, en las que también hay o puede haber consumos *excesivos* que, sin embargo, no son percibidos así por los propios jóvenes. Es el caso de las noches que ellos mismos califican de “tranquileo”, que suelen transcurrir en torno a zonas de bares de copas y plazas, y que suelen ser ordinarias dentro del calendario de sus salidas. Son salidas asociadas a bajos consumos y, por lo tanto, con menores expectativas de diversión para los y las jóvenes, que inesperadamente y sin embargo pueden convertirse también en noches de “desfase” si el ambiente propicio se materializa y hay una actitud y predisposición a consumir en *exceso* mayor de la prevista y habitual en esos contextos.

- *Itinerarios de consumo*

Los itinerarios y momentos de las salidas, sus pasajes, marcan también las expresiones de los consumos. Sus inicios en casas particulares o bares se suelen caracterizar por unos consumos suaves, de baja y calculada mezcla de drogas buscando —en el caso de que la salida se alargue después en una discoteca, *rave* o macrodiscoteca— experimentar sus efectos en esos espacios idóneos que coinciden con los momentos centrales y/o finales de las salidas y en los que el consumo adquiere una mayor intensidad. Es un ejemplo de la estrategia del “desfase faseado” que se ha mencionado anteriormente y que se pone en práctica para limitar y manejar los efectos de las drogas y evitar que una mala combinación o una dosis de más pueda malograr la fiesta. Los consumos finales en casas de amigos durante el “mañanao” vuelven a tener de nuevo un carácter más suave, persiguiendo apaciguar los efectos de la excitación y falta de sueño cuando la salida ha llegado ya a su fin o manteniéndolos en el caso de que la fiesta continúe durante el día siguiente.

En definitiva, hablar del consumo *excesivo* de los y las jóvenes es hablar de los espacios y tiempos donde se desenvuelven sus prácticas, de las estrategias de gestión y control de los efectos de las drogas incluyendo sus límites y fallas, y hablar asimismo de las expectativas, motivaciones y percepciones que construyen, reconstruyen y concretan, de una manera colectiva y continuada, los significados y valores que los y las jóvenes tienen de este consumo *excesivo* que su imaginario dibuja, a la postre, como la pérdida del “descontrol controlado” que regula sus prácticas de consumo.

DESCARGA EL TEXTO COMPLETO DE LA INVESTIGACIÓN EN NUESTRA PÁGINA WEB

<http://www.adolescentesyjovenes.org/>